

millones de votos a favor y un cuarto de millón en contra) los franceses deciden que su Príncipe-Presidente se convierta en Emperador. El pueblo llano favorecía la candidatura matrimonial de Eugenia: no pertenecía a la realeza derrocada. El «establishment» estaba en contra de la boda con la española. Se casan, en la «boda del siglo», en 1853.

Viaje a Inglaterra. Viaje a París de la Reina Victoria. Eugenia tiene un hijo en 1856. Amorios del Emperador. Nuevos viajes a Inglaterra. Bombas al entrar en la Opera de París. Guerra contra Austria con victorias y anexiones. Disminuyen las energías de Napoleón y crecen las de Eugenia, 18 años menor. Bismark llega a París como embajador de Prusia. Exposición Universal de París en 1867. Hegemonía de Francia en la artes, las ciencias y la industria. Renovación urbanística de París por el arquitecto Haussmann. El emperador Maximiliano es fusilado en México. Progresa la enfermedad de Napoleón y avanza la oposición política. Viaje triunfal de Eugenia a Grecia, Turquía y Egipto para inaugurar el canal de Suez, cuyo proyecto se debía a su primo Lesseps. Nuevo plebiscito

con aplastante mayoría a favor de Napoleón. Derrota de los franceses en 1870 luchando contra Prusia. Revueltas sangrientas en París. Eugenia huye a Inglaterra, donde ya la esperaba su hijo. Napoleón va también a Inglaterra, donde le llega su última hora en 1873. El hijo muere luchando en Africa como oficial del Ejército británico en 1879. Aun le quedaban a Eugenia cuarenta años de vida. Excelente amistad con la Reina Victoria de Inglaterra. Madrina de la nieta de Victoria, que llegaría a ser mujer de Alfonso XIII.

Vuelve a España. Un oculista de Barcelona la opera con éxito a los noventa años. Fallecerá en julio de 1920 en el palacio de Liria, en Madrid, en casa de su hermana la duquesa de Alba.

Libro sin excesivas pretensiones científicas, amenísimo y muy evocador de medio siglo de historia europea y española, por el que desfilan buena parte de los personajes más sobresalientes de Europa en la que Eugenia de Montijo brilla como estrella de primer orden.

J. Burillo

JAREÑO LOPEZ, Jesús: *El «affaire Dreyfus» en España. 1894-1906*. Ed. Godoy. Murcia, 1981, 337 págs. Láms (s.n.).

Muchos fueron los momentos difíciles conocidos por la Tercera República francesa en su agitada y casi centenaria andadura, pero pocos pueden compararse en intensidad, duración y trascendencia al célebre «affaire Dreyfus» (1894-1906) al filo del cambio de siglo.

El asunto es sobradamente conocido. En 1894 el capitán Alfred Dreyfus, judío alsaciano, fue condenado a reclusión perpétua, bajo la acusación de vender secretos militares a Alemania. La revisión de su proceso, una vez

descubierta la falsedad de las pruebas utilizadas, suscitó en el vecino país una grave crisis institucional en la que de una forma u otra se vieron comprometidas la totalidad de las fuerzas políticas francesas. Tanto los sectores conservadores, que pretendían vaciar el sistema de sus contenidos más radicales, como aquellos otros que abogaban por un drástico programa innovador, ideado como arma punitiva más que como instrumento de reforma. La confrontación —no siempre dialéc-

tica— de filosemitas y antisemitas, de laicistas y católicos, de antimilitaristas y nacionalistas, de reformistas y contrarreformistas, con la consiguiente instrumentación de la crisis por cada grupo para sus propios fines, demoró la rehabilitación del infortunado Dreyfus hasta 1906, un año después de que el Bloque Republicano lograra imponerse definitivamente a sus adversarios.

Por encima de sus circunstancias de tiempo y lugar, hoy el «affaire Dreyfus» se nos manifiesta como uno de los más grandes combates en favor del progreso humano. Representa el triunfo de la verdad sobre la razón de estado, éxito que en España hubiera sido inimaginable en esa época, de lo que dan fe ejemplos como los de Montjuit y Alcalá del Valle, donde en el mejor de los casos hubo indulto pero no revisión de causa. En Francia, por el contrario, aunque tampoco hubo completa reparación, la opinión pública rechazó con mayor firmeza la injusticia santificada por la pretendida infalibilidad de los jueces.

El libro de Jesús Jareño ilumina un aspecto del tema especialmente interesante para los españoles. La incidencia del polémico proceso en España, que también aquí movilizó, en una y otra dirección, a lo más granado de la intelectualidad del momento. Desde Galdós, Unamuno y Baroja a Maeztu, Marquina y García Ladevese, pasando por Blasco Ibañez, «Azorín», Morote, A. Machado y Mariano de Cavia.

Jareño nos regala con una excelente selección de textos periodísticos, agrupados cronológicamente, y espigados de entre el superabundante material allegado en el curso de sus pacientes investigaciones en las mejores hemerotecas. Predominan las series madrileñas, en las que aparecen repre-

sentados desde los grandes diarios de información, como «El Globo», «El País», «El Liberal» y el «Heraldo» a periódicos de combate tipificables en las más variadas tendencias, que van desde los órganos de expresión obrera a «La Correspondencia Militar» y «El Siglo Futuro». La prensa de provincias está, a su vez, bien representada con periódicos que cubren un vasto espectro de matices ideológicos. Así «La Ilustración Artística» —Barcelona—, «La Lucha de Clases» —Bilbao—, «La Voz de Guipuzcoa», o los integristas «La Señal de la Victoria» y «La Lectura Popular», estos últimos de Valencia y Orihuela respectivamente.

El libro recensionado nos aproxima, desde perspectivas netamente españolas, a un suceso nuclear en la historia contemporánea del vecino país, que generó la caída de un presidente, devoró varios ministerios, dividió a Francia en dos bloques irreconciliables hasta situarla al borde de la guerra civil, conmovió al mundo entero y, sobre todo, puso de manifiesto el poder de la Prensa —por encima del Parlamento, el Ejército y la Administración— como tribuna pública en la que los intelectuales honestos tendrían por vez primera oportunidad de sacar la verdad a la resplandeciente luz del día, o como diría Unamuno, de ir en busca del sepulcro de don Quijote para desenmascarar a tanto bachiller que por el mundo anda atropellando toda verdad y justicia.

La conveniencia de estudio preliminar más extenso que introduzca al lector en el tema y le explique los criterios seguidos en la selección del material aportado, ausencia subsanada en parte con la inclusión de un breve epílogo, es cuanto pudiéramos objetar a este su generoso y esclarecedor libro, editado con esmero y enriquecido con un cuidado

cuerpo de láminas. Una addenda cronológica y un índice de nombres sim-

plifican su comprensión y manejo.

*Juan Bta. Vilar*

KINDELAN, Alfredo: *Miscuadernos de guerra*. Ed. Planeta, 1982, 220 págs.

«Mis cuadernos de guerra», propios de un general muy culto y con sentido de la historia, van precedidos de una semblanza político-militar del autor, redactada por uno de sus hijos.

Kindelán logra muy pronto los tres títulos de piloto: de avión, globo y dirigible. Es uno de los más decididos impulsores de la aeronáutica en España. Ascende a general en 1929. Se expatria el 17 de abril de 1931. Trabaja como ingenieros en Suiza, en la casa Saurer que construía camiones y motores de aviación. Regresa a Madrid a finales de 1934. Entra en contacto con Mola y otros generales que prepararon la sublevación. Comenzada la guerra, Franco le nombra Jefe de la Aviación Nacional. Organiza el primer puente aéreo de la historia: Tetuán-Jerez. Muy activo y organizador durante la campaña y decidido partidario del mando único. Algún incidente con Franco durante la guerra. Comienza un distanciamiento gradual después de la misma. Desempeña importantes cargos militares. Intenta organizar a los monárquicos. Depuesto y deportado varias veces. Muere en 1962.

Durante la campaña tomaba notas y sobre ellas redacta este libro que es impreso, levemente censurado, en 1941, pero no circula hasta 1945.

Tiene excepcional valor histórico-militar. Describe muy bien los primeros días de la guerra y varias operaciones militares concretas, en especial la que llama batalla de Gadesa (del Ebro), única en la que combatieron dos ejércitos con medios análogos.

Reconoce caballeramente los aciertos del enemigo.

Señala al final los muchos errores estratégicos y los muchos más tácticos del ejército republicano. Indica asimismo aciertos y errores en el nacional. Y acaba con unas reflexiones sobre la falta de iniciativa en algunos mandos nacionales que podría interpretarse como falta de obediencia, debido al exacerbado individualismo. Afirma que la mayor energía y dureza del mando gubernativo en algunas grandes unidades se explica porque estaba en manos de civiles, no de militares profesionales. Así ha ocurrido otras veces en España y en otros lugares.

*J. Burillo*